

sentidos, entraron en el campo realista, destruyeron la batería, clavaron los cañones y se llevaron uno de ellos que se vieron obligados á despeñar por la barranca en vista de cuasi imposibilidad de subirlo á los Remedios.

Los realistas que debieron haber defendido la batería del Tígre, no pudiendo imaginarse que del fuerte hubieran salido los insurgentes, creyeron atacados por Mina, y se desbandaron sin hacer resistencia y poseídos de terror.

El 16 de Noviembre, cinco dias despues de ejecutado don Javier Mina, Liñan puso al mando del teniente coronel del batallon expedicionario de Navarra, don Tomás Peñaranda, una columna de ataque de novecientos hombres, que marcharon decididamente al asalto de una brecha abierta en el baluarte de Santa Rosalía.

En uno y otro campo era grande el deseo de medir una vez mas las armas.

Los realistas contaban seguro el triunfo. La ejecucion de Mina, efectuada á la vista de los Remedios, debió haber aterrado á sus defensores: si con un héroe español se habia cumplido acto tan tremendo de justicia, ¿qué otra suerte podian ellos esperar? Ademas, sin las órdenes terminantes del virey Apocada, Liñan no habia ejecutado á Mina, ni consentido la oficialidad española de los cuerpos expedicionarios. Apocada habia hecho

morir al héroe navarro, no tanto por considerarlo traidor á su patria y á su rey, sino por demostrar á los insurgentes que habria de castigar el delito de rebelion en cualquiera cabeza que le consumase por noble y distinguida que fuese. Los realistas odiaban pues tanto mas á los insurgentes, cuanto que los consideraban causantes del suplicio de Mina.

Por su parte, los insurgentes veian con horror y enconoso desprecio á un enemigo tan sanguinario y cruel, que habia sido incapaz de salvar la vida á un grande hombre á quien debian el levantamiento de media España contra la pirática invasion de Napoleon el grande. "Tanto nos odian, —decian,— que son ingratos é impíos consigo mismos!" "¿Qué debemos esperar de ellos, nosotros humildes criollos si á una gloria de España han tratado así?" "¿Qué libertad podemos esperar de ellos si así han muerto á un héroe de la suya?" Pero ya que Mina vino á nosotros, y los suyos consideraron un crimen que nos amase como hermanos, nosotros le vengaremos de los suyos, chacales miserables."

La accion del 16 de Noviembre debia ser por consiguiente, una grande y memorable accion.

Sorprendente eran el orden y regularidad con que la formidable columna de los novecientos realistas, descendió por uno de los frentes de la ba-

ranca y comenzó á subir el opuesto apesar de su excesiva escabrosidad.

Para hacer mas solemne el acto, la hora elejida fué la misma de la ejecucion del héroe navarro: las cuatro de la tarde.

Liñan tratò de distraer á los sitiados llamándoles la atension hácia diversos puntos que hizo atacar por varios destacamentos.

XII.

Si bien como dejo dicho, Liñan disponia de un ejército de mas de seis mil hombres, y nada por consiguiente tenia de extraño que pudiese formar columnas de ataque de novecientos, los sitiados comprendieron desde luego que el peligro estaba en esta última, y que los ataques con que otros destacamentos amenazaban varios puntos de la línea de defensa no tenían otro objeto que el de dividir sus fuerzas y distraer su atencion.

En tal virtud, cuando la columna de don Tomás Peñaranda comenzó á subir la áspera pendiente coronada por el baluarte de Santa Rosalía, los insurgentes rompieron sobre ella un vivo y nutrido fuego de fusilería y desprendieron tan enorme cantidad de piedras, que los realistas hubieron de detenerse sobrecojidos de temor.

Peñaranda juzgó comprometido en la empresa

su honor militar, y con tanto arrojo como imprevisión se adelantó hasta las primeras filas para alentarlas y rehacerlas.

Vuelta á emprender la subida, los insurgentes vigorizaron su defensa, y Peñaranda cayó muerto y con él otros de los principales jefes que habian estimado de su deber agruparse en su torno. La falta del comandante desorganizó la columna que retrocedió en desórden y el enemigo, convirtiendo la defensa en ataque, salió del fuerte y persiguió hasta su mismo campo á los realistas que perdieron en aquella accion treinta y seis oficiales de alta graduacion y cerca de cuatrocientos soldados de los mas escogidos de los cuerpos expedicionarios.

Desde aquel dia en adelante, Liñan no volvió á intentar asalto alguno, y provisto abundantemente por Apodaca de nuevas tropas, de gruesa artillería, de copiosas municiones y de recursos pecuniarios, estrechó mas y mas el sitio.

En el resto del año de 1817, los sitiados hubieron de pasar grandes trabajos, pues exceptuando el maiz que tenian en abundancia, llegaron á concluirseles los víveres.

Las municiones escaseaban tambien y la pólvora se concluía sin haberles sido posible fabricarla, pues aunque lo intentaron solo la obtuvieron de málsima calidad.

Necesario se hizo jugar el todo por el todo, y en la noche del 28 de Diciembre intentáron una salida que comenzó con la mejor fortuna, pues tomaron desde luego dos baterías del campo del Tigre, pero al querer hacer lo mismo con la tercera, Liñan en persona acudió con sus mejores tropas y rechazó á los sitiados obligándolos á regresar al frente y causándoles una pérdida de veintisiete hombres.

La situacion se hizo insostenible y resueltos los sitiados de abrirse salida á todo trance, repitieron su salida entre nueve y diez de la noche del 1.º de Enero de 1818, marchando á la vanguardia el padre Torres, y procurando todo el mundo no hacer ruido alguno que denunciase su intento al enemigo.

Pero de antemano sospechábalo Liñan y habia dispuesto que en toda la línea de las barrancas se preparasen montones de combustibles á los cuales se debia prender fuego á la primera señal de alarma.

Dió esta un destacamento situado en el rumbo de Panzacola por el que se efectuaba la salida, y en un instante innumerables hogueras iluminaron con siniestro resplandor el fondo de la barranca por el que procuraban deslizarse los insurgentes.

A la vez los destacamentos del Bellaco y del Tigre asaltaron los baluartes de Tepeyac y Santa

Rosalía y prendieron fuego al fuerte, cuyas habitaciones formadas de tablazon y paja ardieron con rapidez, comunicando sus llamas al hospital lleno de enfermos á quienes habia sido imposible huir y en él encontraron terrible y desesperada muerte.

La carnicería hecha en los fugitivos fué tan espantosa como la del fuerte del Sombrero, y hombres, mujeres y niños fueron muertos á la bayoneta.

Allí, y de aquel modo, perecieron Crocker, el Dr. Hennessey, y los demás compañeros de Mina que se encontraban en el fuerte: á los demás jefes y entre ellos á Muñiz, se les fusiló sobre el mismo campo: á las mujeres se les dejó en libertad despues de haberles rapado á navaja las cabezas.

Solo el padre Torres consiguió escapar y libertarse de la muerte que dió fin á los dias de todos sus subordinados.

Así cayó,—dice un historiador,—el fuerte de los Remedios, despues de haber burlado por espacio de muchos meses los esfuerzos de un enemigo muy superior en número, en artillería, en municiones y en la experiencia y disciplina de los soldados. El valor de sus defensores y los del fuerte del Sombrero está honrosamente consignado en las siguientes cláusulas de un oficio de Liñan dirigido al Virey con fecha 12 de Diciembre. Dice así:

«Si por un error de cálculo hemos concebido que el enemigo que tenemos al frente no merece la consideracion de unas tropas aguerridas, propaguemos en hora buena estas especies para con el público: mas ya que en su dia tengo que responder al soberano de mis pequeñas empresas militares, pueda asegurar á V. E. que la defensa que han opuesto en los fuertes de Comanja y San Gregorio, es digna de los mejores soldados de Europa, y que de consiguiente no debe despreciarse al enemigo atrincherado en una posicion que reúne las ventajas del arte y la naturaleza.»

XIII.

A la vez que como dejo dicho se desenlazaba con la toma del fuerte de los Remedios el brillante episodio de la expedición de Mina, como si á la fatalidad nada le bastara, otras desgracias venían sobre nosotros reduciéndonos al último extremo.

Dije en otro lugar que don Ignacio López Rayon, pretendió una vez muerto el insigne don José María Morelos, reivindicar la autoridad que en él habian depositado los primeros caudillos insurgentes.

Disuelto en Tehuacán el Congreso de Chilpancingo, la Junta de Uruapan primero y de Jaujilla despues, en vano quisieron obligar á Rayon á obedecer sus órdenes: desconocida por él, dictó auto de prision contra el rebelde, comisionando á

don Nicolás Bravo para que la llevase á cabo como lo verificó en el pueblo de Zacapuato, sin que el antiguo presidente de la Junta de Zitácuaro opusiera resistencia.

Bravo que le estimaba en su justo valor, no quiso mortificarle en su desgracia, y olvidando la parte que tuvo en el infortunio del gran caudillo don José María Morelos, aceptó cuantas condiciones puso Rayon para entregarse prisionero: estas condiciones, justas y prudentes, le garantizaban que no seria Juzgado por la Junta de Jaujilla, sino por otra nombrada expreso por los comandantes, y que seria tratado con consideracion y atendido en todas sus necesidades.

Se le señaló para lugar de su residencia la estancia de Patambo, permitiéndosele que con él residiese su familia. De su custodia y proteccion se encargaron don Manuel Elizalde, segundo de Bravo, y don Pedro Villaseñor, miembro de la Junta, con una guardia de doce hombres.

Don Nicolás se trasladó al cerro de Cóporo, célebre por la defensa que de él hizo don Ramon Rayon, y allí se fortificó levantando de nuevo las murallas que los realistas habian arrasado. El coronel del regimiento Fijo de México, D. Ignacio Mora, creyó empresa fácil desalojar de Cóporo á don Nicolás, y así lo intentó el 1.º de Setiembre de 1817, pero fué completamente derro-

tado con pérdida de cinco oficiales y mas de cien soldados. Atribuyó el virey á torpeza el descalabro y sustituyó á Mora con el comandante del batallon Ligero de San Luis, don José Barradas, pero tambien este fué derrotado y á su vez sustituido con el experimentado coronel Márquez Donallo, á quien se agregó, pena siento al decirlo, el indultado D. Ramon Rayon.

Con el conocimiento que este tenia de aquella localidad, tan gloriosamente por él defendida algun tiempo ántes, fácil le fué á Márquez Donallo estrechar el sitio de tal modo, que imposible se le hizo sostenerse en él á don Nicolás.

El mismo ha dejado escrito lo siguiente:

"Mis sitiadores abundaban de todo, cuando yo de todo carecia: el perro muerto y el caballo fueron el plato mas regalado con que muchos dias satisface mi hambre, pasando algunos sin alimentarme."

Márquez Donallo que no ignoraba el extremo á que estaban reducidos los sitiados, dispuso terminar aquel asunto en solo un dia que fué el 1.º de Diciembre. Al amanecer rompió un rudo fuego con cañones de grueso calibre, continuando sin interrupcion hasta abrir en el fuerte una amplia brecha por la que al anochecer entraron al asalto los batallones de Lobera y Ordenes militares. Los sitiados careciendo de municiones y de fuerzas

para resistir, intentaron la fuga, dejándose caer por un derrumbadero nombrado las Cuevas de Pastrana, pero don Ramon Rayon les salió al encuentro causándoles gran mortandad, especialmente de mujeres y niños, y haciéndoles cerca de trescientos prisioneros.

Don Nicolás logró ocultarse entre unas peñas, y allí permaneció atormentado por el hambre y por el dolor de las heridas que al caer se habia causado, hasta que con mil precauciones é innumerables peligros pudo trasladarse á pié al rancho del Atascadero, cuyos habitantes que sentian por él respeto y admiracion, le socorrieron en cuanto les fué dable, y le proporcionaron además un buen caballo. La distancia que recorrió á pié entre Cópore y el Atascadero fué de treinta leguas. En el asalto del fuerte fué hecho prisionero el insurgente don Benedicto López, á tiempo que trataba de introducir un convoy con que socorrer á Bravo.

Benedicto López, uno de los mas antiguos insurgentes y valiente defensor de Zitácuaro contra los realistas, fué inmediatamente fusilado.

Don Ramon Rayon en premio de sus servicios contra sus antiguos camaradas, fué nombrado por el Virey Teniente Coronel del Ejército Real.

Bravo llegó á Huetamo en deplorable estado el 8 de Diciembre, y cuando mas estaba para ver de

curarse que para emprender nuevas campañas, supo con asombro que el cura Verdusco, miembro que habia sido del Congreso y Comandante General de Sur, habia caido en poder de los realistas, gracias á la traicion del insurgente indultado don Juan Antonio de la Cueva, asociado con el cura de Ayacapixtla, don José Felipe Salazar.

La prision habíase efectuado en el rancho de Perichucho á media legua de distancia de Huetaamo y muy próximo á la estancia de Patambo, residencia de Rayon. Temió don Nicolás que éste se pusiese en fuga si llegaba á saber que tan cerca tenia á los realistas y en el acto comenzó á levantar gente para impedirlo, pero por mas diligencia que en ello puso, no pudo impedir que Salazar y Cueva sorprendieran á las dos y cuarto de la mañana del dia 11 en la dicha estancia á don Ignacio Rayon y otros jefes insurgentes que fueron hechos prisioneros.

Bravo pretendió no obstante ya que otra cosa no le habia sido posible hacer, quitar á los realistas sus prisioneros, y con tal fin reunió su gente á la de Guerrero, Zavala y Elizalde y marchó á atacar á Ajuchitlan, en cuya iglesia habian sido encerrados Rayon y Verdusco. Impidió la realizacion de este plan el jefe realista Armijo, moviéndose en socorro de Ajuchitlan con el grueso de su division, y don Nicolás, cuyas heridas em-

peoraban mas cada dia haciéndole sufrir con estremo, entregó su gente á Guerrero y se retiró á la sierra dirigiéndose al rancho de los Dolores para atender á su curacion.

Hizo la fatalidad que Armijo tomase prisionero en San Miguel Amuco á un insurgente que por salvar su vida le notició el lugar en que Bravo se encontraba.

Armijo midió desde luego la importancia que la prision del héroe tendria y sin retroceder ante ningun obstáculo, viéndose obligado á atravesar el rio de Dolores, tributario del Mescala, con el agua á la cintura y á abandonar en el camino á los soldados que no podian seguirle en su rápida marcha, logró sorprender á don Nicolás Bravo y apoderarse de su persona al amanecer del dia 22 de Diciembre de 1817, dos años justos despues de fusilado el Gran Caudillo.

Si á esto se agrega que el 30 del mismo Diciembre, Aguirre, comandante general de Michoacan, unido con la division de Barradas, hacia mas estrecho el sitio que desde el 22 tenia puesto al fuerte de Jaugilla, residencia de la Junta, se comprenderá fácilmente que el año de mil ochocientos diez y siete fué uno de los mas aciagos para la causa de la independencia nacional.

XV.

Los golpes que la revolucion habia recibido con la toma de sus puntos fuertes por los realistas y prision de sus principales jefes, daban motivo sobrado para creer que la administracion colonial volvería á afirmarse sobre las ruinas de la idea insurgente.

No por eso disfrutaba el país de su antigua calma y tranquilidad.

En las mismas inmediaciones de la Capital acontecian con frecuencia lamentables accidentes.

Los caminos de Cuernavaca y de Toluca ofrecian serios peligros á los transeuntes apesar de la vigilancia de las tropas reales.

Teniendo su principal asiento, guarida ó cuar-

tel general segun quiera llamársele, en las escabrosidades y bosques del Ajusco, se hizo célebre, aunque no de envidiable fama, un tal Pedro Rojas, mas conocido por Pedro el Negro que era su mote y nombre de guerra.

En realidad de verdad, Pedro el Negro no fué más que un bandido y salteador de caminos.

Tomando por pretexto la bandera insurgente para lanzarse á una vida de aventuras, hizo con su conducta bárbara y cruel lo que otros muchos de su especie.

Desacreditó la causa de la independencia y sirvió de pretexto á nuestros enemigos para decir que otros tales éramos todos los demás.

No puede negarse que Pedro el Negro era un hombre de valor, pero de ese valor personal que todos los salteadores y bandidos han tenido, porque así lo exige esa profesion, no por que nazca de la nobleza y dignidad de alma, fuente del valor de los grandes caudillos de los pueblos.

Pedro el Negro fué un ladron y asesino vulgar.

Su puñal se cebaba lo mismo en el hombre arriesgado que no se le rendía sin luchar, que en el impotente anciano, la débil muger ó el inocente niño.

Feroz por instinto, no siempre mataba á hierro á sus víctimas, sino que se gozaba en arrojarlas vivas en una cueva que no hace aun muchos años se enseñaba á los transeuntes por el Ajusco.

Los habitantes de las inmediaciones de aquel monte, temblaban de terror sólo al pronunciar el nombre del Negro; muchas familias habian sido muertas por él y pocas eran las que no tenian que llorar á alguno de sus individuos sacrificados por el bandido.

El hijo mayor de don Gabriel Yermo estuvo á punto de ser víctima de Pedro el Negro el 14 de Diciembre de 1817.

Dirijase á su hacienda de Temisco acompañado de varias personas, entre ellas don José Acha, administrador de la hacienda, y valeroso realista del cual mas de una vez hemos hablado en el curso de estos Episodios.

Habian ya salido de San Agustin de las Cuevas, que hoy se llama Talpam, cuando distinguieron la numerosa partida de Pedro el Negro.

Este que vió cuán reducido era el grupo de los viajeros, se lanzó con mayor razon sobre ellos y los alcanzó por más que Yermo y sus acompañantes considerando imposible hacerle frente trataron de volverse á San Agustin de las Cuevas.

En el alcance fueron muertos seis individuos de los asaltados y ademas don José Acha.

Yermo pudo escapar gracias á la extraordinaria velocidad de su caballo.

En el lugar del accidente se levantaron despues unas cruces de piedra en memoria de las víctimas del bandido Rojas.

Pocos dias ántes, el 11 del mismo mes, habian sido asesinados once individuos entre ellos varias mugeres y niños, en el camino de Toluca, por otro bandido llamado Gonzalitos.

Los afectos á la revolucion, los insurgentes *teóricos*, como por mote se les llamaba, que vivian cómodamente en la Capital, con insigneligereza atribuian estos hechos á causas políticas, como si una causa que en la esencia y el principio era buena, necesitara cometer tan miserables y cobardes crímenes, para imponerse y triunfar.

No era en los caminos de Toluca y Cuernavaca donde ciertamente estaban las esperanzas de los buenos insurgentes.

Muertos ó prisioneros les principales jefes de armas, todas las miradas se fijaban en la Junta de Jaujilla, única entidad independiente que habia quedado en pié.

El virey así lo comprendía tambien.

Por eso puso todo su afan en disolver la Junta y apoderarse de los miembros que la componian.

El encargo de conseguirlo se le dió á Aguirre comandante general de Michoacan.

Aquel activo jefe salió de Valladolid para su destino el 15 de Diciembre.

El virey habia dispuesto se le agregase con su division el coronel Barradas, pero Aguirre se puso en marcha sin esperarle aunque notificándole fuese á reunirse en el lugar de accion.

Cinco dias despues Aguirre llegó à la vista del fuerte de Jaujilla.

Desde luego intimó la rendicion á los defensores, pretestando su deseo de evitar la efusion de sangre, pero la respuesta, que no se hizo esperar, le demostró que los independientes estaban resueltos á defenderse hasta el último extremo.

El Fuerte de Jaujilla constituia por sus obras de defensa una muy regular y segura posicion.

Habianle levantado en un islote de la laguna da Zacapu.

Una estrecha lengua de tierra unía el islote á la orilla del lago, y de no ser por ella era de todo punto imposible acercarse al Fuerte sino en canoa.

Aquella lengua estaba defendida con murallo-nes y cortaduras.

Pero como la extension de la laguna era pequeña y desde sus orillas era fácil molestar á los defensores con fuego de cañon, los directores de las obras imaginaron desviar de su curso un rio que en ella desembocaba y anegar una inmensa extension de terreno de los alrededores.

Desviada la corriente anegáronse las tierras, haciéndose á tal extremo fangosas, que no habia medio de que en ellas pudiera acampar el ejército enemigo.

Componian la Junta el Lic. Ayala, don Anto-

nio Cumplido y el Dr. San Martin, canònigo lectoral de Oaxaca.

Eran los secretarios don Francisco Lojero para lo civil y don Antonio Vallejo para lo militar.

El director de las obras de fortificacion y comandante de las tropas de la Junta, lo era un norte americano llamado Nicholson, que habia venido al país con don Francisco Javier Mina.

Su segundo era don Antonio López de Lara y sus auxiliares otros dos americanos de la expedicion de Mina, llamados Laurence Christie y James Devers.

Cuando Aguirre se presentó á la vista de Jaujilla, Nicholson no se encontraba en el fuerte.

López de Lara tomó pues, el mando en jefe.

Aguirre dividió su fuerza en dos secciones al mando cada una de ellas de los capitanes Lara y Amador ambos del regimiento de fieles del Potosí.

Estos ocuparon los islotes que habian quedado en el terreno anegado por las aguas del rio.

Otra parte de las fuerzas realistas se empleó en volver el rio á su curso natural y el sitio quedó establecido aunque la diseminacion de los realistas le hacia muy incompleto.

XVI.

Merced à lo incompleto que, como acabo de decir, era el sitio, los individuos de la Junta pudieron dejar el fuerte de Jaujilla.

Todo era de temerse: bien podia ser que Aguirre se apoderase de aquella posicion, y si la Junta caia en su poder faltaria por completo toda apariencia de legalidad à la revolucion.

Más por esto que por miedo, se convino en que la Junta saliera de Jaujilla y ganara la tierra firme.

A las dos de la mañana del 27 de Diciembre, Cumplido y San Martín salieron del fuerte, y no sin grandes peligros atravesaron la laguna entre las plantas acuáticas, llevando la imprenta en su canoa, que lograron hacer atracar sin ser descubiertos, en el pueblo de Taregero.

Algunos dias despues con las mismas precauciones y conduciendo el archivo, se evadió el Lic. Ayala.

Cuando Aguirre lo supo, ya los tres individuos de la Junta se hallaban en salvo y habian vuelto à instalarla en las rancherías de Zárate, jurisdiccion de Turicato, al Sur de Valladolid.

Ayala no se reunió, no obstante, con sus compañeros, y si fué à hacerlo con las fuerzas de Torres, con ánimo de convencerle à atacar à Aguirre y auxiliar à los sitiados.

Como à la Junta le pareciera dudosa esta conducta, dió licencia à Ayala para hacer lo que ya sin ella habia hecho, y designó para sustituirle à Villaseñor.

El 30 de aquel mes, y penúltimo dia del año, Barradas llegó al campamento de D. Matías Aguirre con cuatrocientos infantes, cincuenta caballos y cuatro cañones.

Con este refuerzo los obras del sitio se prosiguieron con actividad; y para dar salida à las aguas que anegaban el terreno, se abrieron veintinueve zanjas, que ocasionaron no poca fatiga à los sitiadores.

El 21 de Enero de 1818 el famoso Pedro el Negro fué sorprendido en la subida del Ajusco por el coronel don Miguel Suarez de la Serna, quien le entregó à su comandante en jefe Casasola.

Pedro el Negro fué inmediatamente fusilado. Su cabeza fué enviada á San Agustín de las Cuevas y su mano derecha clavada en el mismo paraje en que D. José Acha fué muerto por el bandido.

El 3 de Febrero el Padre Torres acudió á atacar á D. Matías Aguirre en su campamento, pues sabiéndolo el último, envió á su encuentro al teniente coronel D. Vicente Lara, quien le derrotó completamente y obligó á retirarse.

Perdida la esperanza de ser auxiliados, los defensores del fuerte resolvieron no fiar sino en sí mismos, y con objeto de destruir una batería levantada en los terrenos desecados por los realistas, salieron del fuerte y empeñaron valerosamente una acción en que quedaron derrotados.

El triunfo animó á los realistas, y el día 15 intentaron un asalto en que á su vez fueron vencidos, sufriendo una pérdida de consideración.

Este revés obligó á Aguirre á pedir auxilio de gente y recursos al general Cruz, Gobernador de Guadalajara, quien le envió un refuerzo de trescientos infantes y doscientos caballos al mando del teniente coronel D. Anastasio Brizuela, y además cuatro piezas de grueso calibre, algun dinero y bastantes municiones.

Pero decretado estaba que todo nos fuera contrario y mientras Aguirre estrechaba el cerro más

y más una casualidad y una traición ponían á la Junta en manos de los realistas.

Fué el caso, que dicha Junta, queriendo auxiliar de algun modo á los defensores del fuerte, determinó distraer parte de las fuerzas de Aguirre llamando su atención con un ataque á Pátzcuaro.

Al efecto circuló las órdenes oportunas á diversas partidas de las inmediaciones; una de esas órdenes, que extendió por escrito, la fió á un correo que debía entregarla al cabecilla Hermosillo.

El correo, en vez de cumplir su encargo, entregó la orden, en cambio de una gratificación, al coronel realista D. Luis Quintanar, comandante del pueblo de los Reyes.

Con Quintanar se hallaban D. José María Vargas, insurgente indultado, y D. Angel Cuesta, que imitaba de un modo perfecto la letra y firma de Hermosillo.

Quintanar y Vargas convinieron en aprovecharse de la orden para sorprender á la Junta, y al efecto Cuesta contestó en el acto la comunicación, fingiendo ser Hermosillo y noticiando que inmediatamente se ponía en camino para las rancherías de Zárate con toda su partida.

Vargas y Quintanar emprendieron la marcha con dragones disfrazados el 18 de Febrero, y merced á la orden vendida por el infiel correo, no sólo pasaron sin riesgo alguno entre varias partidas

insurgentes, sino que se hicieron dar por ellas víveres y forrajes.

Cuevas fué comunicando desde distintos lugares su marcha à la Junta y su próxima llegada, y sin suscitar ni la más leve sospecha, à las 9 de la noche del 21 de Febrero llegó Vargas à Zárate, sorprendió à la escolta insurgente poniendo en fuga à su comandante D. Eligio Roelas, y se apoderó del Dr. San Martin, único individuo de la Junta que en aquellos momentos se encontraba en la ranchería.

Vargas obligò à San Martin à que confesase à los prisioneros de alguna importancia que hizo, y despues de fusilarlos marchò con su fuerza à Apatzingan, donde fué recibido con salvas y repiques.

El Dr. San Martin fué entregado al gobernador Cruz, quien le encerrò en la càrcel de Guadalajara. Hubiérala pasado muy mal si no se hubiese interesado por él el obispo Cabañas, quien le auxilió y atendió en la prision con todo lo necesario.

El dia 6 de Marzo, cuando D. Matías Aguirre se preparaba à tomar por asalto el fuerte, los sitiados enviaron un comisionado al jefe realista, solicitando el indulto y manifestando que ya se habrian rendido si no hubiera sido porque los dos americanos Christie y Doves se habian opuesto y seguian oponiéndose à ello.

El comisionado añadió que si se les prometia el

indulto, entregarian maniatados à los dos norteamericanos para que sufrieran el condigno castigo.

Aguirre prometió conceder lo que de él se solicitaba y el comisionado regresó al fuerte.

Los norteamericanos sospecharon lo que se tramaba y quisieron reanimar el patriotismo de los insurgentes, invocando cuanto más sagrado se les ocurrió; pero López de Lara, traicionando à la patria y à la Junta, les echó encima à los doscientos cincuenta hombres de la guarnicion, y aunque se defendieron heroicamente Christie y Doves, hubieron de sucumbir al número y maniatados fueron entregados à D. Matías Aguirre, que horrorizado de aquella traicion no sólo no los fusiló, segun las órdenes que para ello tenia, por haber pertenecido los prisioneros à la expedicion de Mina, sino que contra viento y marea, logró ponerlos en salvo.

Los realistas tomaron posesion del fuerte, en el que hallaron armas y municiones suficientes para que los sitiados hubieran podido prolongar lo menos tres meses su resistencia.

De resultas de la prision del Dr. San Martin, D. Pedro Villaseñor que sustituia, como ya dije, al Lic. Ayala, formó una nueva Junta en Huetamo compuesta de él, D. Mariano Sanchez Arriola y D. José María Pagóla, hombre de 60 años de edad, vecino de Salvatierra, insurgente decidido

é intendente que habia sido por nombramiento del Congreso de la provincia de Guanajuato.

Por todas estas atendibles circunstancias Villaseñor designó á Pagola para presidente de la Junta, pero poco tiempo ejerció tan honorífico y peligroso encargo, pues el 9 de Junio de aquel año, de 1813, el capitán de dragones D. Tomás Diaz, le aprehendió en Cantarranas, á treinta leguas de Atijo.

Con Pagola fué tambien hecho prisionero D. Pedro Bermeo, secretario, y conducidos ambos á Huetamo, fueron inmediatamente fusilados en el cementerio de la parroquia por órden del jefe Marron.

XVI

A tal extremo hallábase reducida la causa insurgente, cuando don Carlos Gayangos pudo cumplir á su primo don Pascual el ofrecimiento que habíale hecho, de trasladarse á México y á su lado.

La fortuna de don Pascual habia aumentado prodigiosamente.

Ninguno de sus negocios habia fracasado.

En todos ellos las utilidades sobrepujaban á todo cálculo.

Este resultado debia haber probado que el cerebro de don Pascual habia recobrado su antiguo reposo.

Sin embargo, no era así.

Pasado algun tiempo, despues del restablecimiento de su salud, la dedicacion con que se entregó al fomento de sus negocios, fué poco á poco decayendo.